

Los Ramírez de Arellano en Jaén

* * *

Por María Isabel SANCHO RODRIGUEZ

No son las eximias personalidades —de las que Córdoba puede exhibir una ilustrísima teoría— quienes prestan a las ciudades una solera cultural, un entramado social e intelectual que les distingue de otras, sino esas familias próceres en el cultivo de las artes y las letras que, sin ofrecer tal vez una figura egregia, conforman y prestan un tono y una dignidad peculiares.

Tal es el caso, a mi juicio, de la familia Ramírez de Arellano que, durante el siglo XIX, ofreció a Córdoba las interesantes personalidades de Feliciano, Teodomiro y Rafael Ramírez de Arellano.

Quisiera con este modesto trabajo, contribuir a esclarecer en parte las casi desconocidas relaciones —que fueron intensas y fructíferas— entre ciudades tan próximas y, en ocasiones, tan lamentablemente ajenas, como Jaén y Córdoba.

En cuanto a los Ramírez de Arellano, la conservación de dos periódicos giennenses —*La Semana* (1877-78) y *Jaén* (1882-83)— me ha permitido recoger una serie de noticias que, sin ser de especial relevancia, estimo de interés como aportación a la biografía de estos cordobeses que tanto significaron en la vida social y cultural de la Córdoba decimonónica.

De Feliciano, sólo puedo ofrecer una referencia indirecta: la poesía que Teodomiro publica en el n.º 17 de *La Semana* titulada «A mi querido hermano Feliciano con motivo de la muerte de su esposa». Es la clásica necrología, tan de época, llena de los consabidos tópicos lamentatorios y de consolación.

Mucho más interesantes y directas son las relaciones de Teodomiro y Rafael con Jaén.

La revista *La Semana* es indispensable para el conocimiento del Jaén de estos años. Nació al conjuro de la proyectada —y realizada con gran éxito— Exposición Provincial de 1878, sirvió de órgano difusor en su preparación y de crónica puntual y detallada en su desarrollo; desaparece una vez celebrada la exposición. Pero *La Semana* fue mucho más que una publica-

ción al servicio de la citada muestra pues, mientras vivió, en ella colaboraron los más ilustres periodistas y poetas tanto provinciales como de provincias vecinas, de modo que excedió con mucho los fines para que fue creada. Tenía que ser así porque su primer director y mentor permanente fue Joaquín Ruiz Jiménez que proyectó en ella su recia personalidad y su entusiasmo por los intereses giennenses. Precisamente, la amistad personal de Ruiz Jiménez y don Teodomiro propició la presencia frecuente de éste y de su hijo Rafael en las páginas de la revista.

Ya en la página 24 de la colaboración aparece don Teodomiro entre los suscriptores y sostenedores del periódico y es por una nota aparecida en la sección fija «Mesa revuelta» de la página 112 por la que nos enteramos del origen de la amistad entre los dos patricios. Dice así la nota: «En otro lugar de este número verán nuestros lectores un bello trabajo de un joven que promete mucho, de don Rafael Ramírez de Arellano, hijo de un verdadero poeta cuyo estro no apaga el tiempo, don Teodomiro, amigo querido nuestro y secretario que fue de este Gobierno de Provincia; dicho trabajo ha sido escrito para *La Semana*, así como una notable composición poética que nos ha remitido el último y que publicaremos muy en breve».

En efecto, el trabajo de Rafael a que se refiere, bajo el epígrafe general de «Cuentos orientales» se titula «Yndrany». Se trata, como era de esperar, de una colaboración juvenil escrita, sin embargo, con soltura, estilo cuidado y sensualidad muy acorde con el convencional «orientalismo» de la época. Que yo sepa, estos «Cuentos orientales» no fueron recogidos luego en la abundante bibliografía de Rafael Ramírez de Arellano.

No me ha sido posible documentar la fecha a partir de la cual Teodomiro sirvió el cargo oficial citado ni durante cuánto tiempo lo hizo pero la expresión «que fue» sugiere una cierta lejanía. Lo cierto es que desde entonces nacieron y se continuaron las relaciones de la ilustre familia cordobesa con Jaén. Sin duda, estas estrechas relaciones y, tal vez, el afecto de Ruiz Jiménez contribuyeron a que la Real Sociedad Económica de Amigos del País «atendiendo a las relevantes dotes que le adornan» nombrara, entre otros notables cordobeses, como socio corresponsal a don Rafael Ramírez de Arellano «escritor público».

Más adelante, en la misma sección «Mesa revuelta» de la página 288 se acusa recibo y se agradece el envío de la obra de Teodomiro *Paseos por Córdoba, o sean apuntes para su historia*. Se trata de los tres primeros tomos; y añade la nota —sin duda personal de Ruiz Jiménez—: «Le agradecemos de todas veras el recuerdo que estimamos como un gran obsequio y prometemos ocuparnos de esta obra que, a juzgar por sus primeras páginas, es de grande y extraordinario interés». La promesa quedó sin cumplir —al menos en las páginas de *La Semana*— sin duda por la urgencia absorbente de los trabajos de la exposición.

A lo largo de la colección, aparece con frecuencia el nombre de don Teodomiro, bien en cita individual o en relación colectiva, agradeciéndole su contribución a los trabajos de la revista y de la exposición.

El número 35, del 23 de mayo de 1878, publica una nueva colaboración

de Rafael: otro «Cuento oriental» titulado «Dina» en el tono y estilo de «Yndrany».

Llega el mes de agosto de 1878 y, con él, la inauguración de la exposición provincial en la que tantos afanes e ilusiones se habían puesto. Los logros fueron muy importantes teniendo en cuenta la época y los limitados medios económicos con que se contó. Una reseña, aunque fuera breve, alargaría excesivamente este trabajo y, sobre todo, me alejaría de los fines que lo justifican. Anotemos que don Teodomiro —nada dice de Rafael— estuvo presente. Se da cuenta de ello así: «Hemos tenido el gusto de saludar en nuestra redacción al distinguido y eminente escritor don Teodomiro Ramírez de Arellano, honra de las letras cordobesas». Y más adelante: «Con motivo de la apertura de la Exposición, hemos tenido el gusto de saludar al señor Ramírez de Arellano, distinguido publicista cordobés».

No terminan aquí las colaboraciones de los Ramírez de Arellano con la revista pues en los números 44, 53 y 54 aparece una larga poesía en décimas de Teodomiro titulada «Una ida a las ermitas» y en el n.º 55 dos sonetos de Rafael. Teodomiro maneja la décima con soltura y garbo y en la composición, en tono joco-serio, describe una excursión colectiva a las ermitas cordobesas, destaca la amenidad del lugar, la fatiga de la ascensión y las reticencias de los ermitaños hacia las mujeres del grupo como peligrosa fuente de tentación y pecado; reticencias que el poeta anota con cierta cómplice misoginia galante. Véase un par de muestras:

Veinte veces en la cuesta
se hace a la bota un halago
y, entre un trago y otro trago,
al fin se alcanza la cuesta;
allí la mujer, molesta,
tiene al hombre que esperar
que, en aquel santo lugar,
ven sin duda en la mujer
parecido a Lucifer
y no la dejan entrar.

.....

Por eso, con la clara luz
y llenos de desengaños,
al verlas los ermitaños
hacen a todas la cruz;
y, calándose el capuz,
no las quieren ni mirar
que, en aquel santo lugar,
debe de ser la mujer
trasunto de Lucifer
y no la dejan entrar.

Cuatro años han de transcurrir para que volvamos a tener documentación en torno a los Ramírez de Arellano y Jaén aunque parece seguro que las relaciones se mantuvieron y aun se estrecharon, porque a partir de finales de

1882 la revista *Jaén* nos ofrece puntuales noticias de la estancia de la familia en nuestra ciudad. La citada revista nace en diciembre de 1882 y desaparece en septiembre de 1883 y registra con todo detalle las actividades de la Sociedad Literaria, especie de ateneo juvenil nacido al amparo de la Económica, promotora y animadora de la vida social y cultural de Jaén durante todo el siglo XIX. *Jaén* está escrita y dirigida por el mismo grupo de jóvenes intelectuales, estudiantes universitarios en su mayoría, que mantienen y animan la Sociedad Literaria en benévola y complacida colaboración con los veteranos consagrados Montero Moya, Moreno Castellón, Almendros Aguilar, López Paqué, Ruiz Raichs y Ruiz Jiménez, entre otros.

En la sección fija «Revista de salones», se da cuenta de la sesión que la Sociedad Literaria organizó en honor del gran poeta giennense, ya fallecido, Giménez Serrano, tío de Joaquín Ruiz Jiménez. Preside dicha sesión, por deferencia del presidente de honor Rodríguez de Gálvez, el gobernador interino don Teodomiro Ramírez de Arellano, quien lee una poesía propia. Por su parte, Rafael Ramírez de Arellano leyó «un inspirado soneto de don Angel de la Chica» en honor de Giménez Serrano. Esta sesión tuvo lugar el 24 de enero de 1883 y nos ilustra con certeza de la residencia efectiva y oficial de la familia en Jaén; seguramente, Teodomiro volvió a ocupar un cargo en el Gobierno de la Provincia, cargo importante, sin duda, puesto que preside la reunión en calidad de «gobernador interino». La vacante de gobernador fue ocupada por su nuevo titular, don Domingo García, el 13 de febrero.

La segunda velada de la Sociedad Literaria, del 8 de febrero, según la detallada crónica de *Jaén*, se deslució por la lluvia y el frío, circunstancias que no impidieron a don Teodomiro presidirla de nuevo e intervenir activamente. Don Teodomiro «nos hacía sentir con su bellísima epístola, con motivo de la muerte del notable poeta cordobés don Ignacio García Lobera, sensaciones extrañas en que entraban a la par el sentimiento y la admiración por el genio que se va y las obras que deja».

A propósito de García Lobera, me parece oportuno hacer una breve digresión para transcribir un párrafo de la obra del profesor Sancho Sáez (1). Dice así: «...en la sesión del 23 de mayo se nombró también académico correspondiente al poeta cordobés Ignacio García Lobera (1828-82). Su relación, anecdótica, con Almendros se explica porque la revista de Jaén *La Pandereta* de 29 de agosto de 1897 publica una jocosa nota que dice: «Panderetazos: tomamos de *La Giralda*, revista de bordados, dibujos, plancheo, etc., lo siguiente:». A continuación inserta el soneto de Almendros «La Cruz» con la firma de García Lobera. «Creo —continúa el profesor Sancho— que el origen de este desenfadado calco queda aclarado con la mencionada acta de la Academia sevillana. Probablemente, Lobera oyó en la Academia la lectura del soneto de Almendros, le gustó y lo incorporó a su obra. Andando el tiempo, la revista sevillana *La Giralda* lo publicó como de García

(1) SANCHO SAEZ, Alfonso: *Almendros Aguilar, una vida y una obra en el Jaén del siglo XIX*, Jaén, 1981, p. 67.

Lobera que había fallecido quince años antes» (...) «Esta práctica del plagio por parte de los poetas cordobeses ya fue denunciada por Ricardo Montis en sus «*Notas cordobesas*» (2).

La cita transcrita se refiere al ingreso simultáneo como académicos correspondientes de la Academia de Buenas Letras de Sevilla de los poetas Almendros Aguilar e Ignacio García Lobera.

Pero sigamos con los Ramírez de Arellano y Jaén: en la misma velada del 8 de febrero, don Rafael «con su notable poema «La Cruz blanca» nos encantaba por la armonía de sus versos, el encanto de sus descripciones e impresionaba nuestro ánimo con el drama sombrío e incomparablemente bello de un amor sin esperanza y que encierra la juventud y la belleza en un ataúd y el valor, la riqueza y un nombre ilustre en el oscuro fondo de una celda».

En el n.º del 23 de abril de 1883, se inserta la crónica de la sesión en que don Teodomiro Ramírez de Arellano leyó «una magnífica poesía, que fue calurosamente aplaudida, titulada «La Cruz del castillo» exuberante en elevados pensamientos y magistrales estrofas que despertaban el entusiasmo en el ánimo de los oyentes». Esta poesía, inspirada en un tema local, tiene especial interés para la cultura de Jaén y consta de 15 décimas, estrofa, por lo que se ve, favorita de don Teodomiro. Fue reproducida en el número del 1 de mayo. En este mismo número, se da cuenta de que don Rafael Ramírez de Arellano leyó un drama en un acto «escrito por su señor padre don Teodomiro, brillantemente versificado, con precioso argumento y que no dudamos que, cuando llegue a ponerse en escena, tendrá un notable éxito». La reseña no recoge más precisiones en cuanto al tema y título del citado drama, pero sin duda, se trata de «Loca de amor» (3). Como muestra de la plena incorporación de esta familia a la vida social e intelectual de Jaén, añadiré que en la *Corona poética de María del Carmen Espejo García* figuran una poesía de Teodomiro y otra de Rafael. Por su ocasional tema necrológico, abundan en los tópicos al uso y poco añaden a la gloria poética de ambos.

También de la participación de los Ramírez de Arellano en la vida de sociedad hay noticias en la revista. Por ejemplo, a la hija, Teodomira, se la cita como asistente a los bailes del Primitivo y a las frecuentes veladas literario-musicales del paraninfo del instituto. Concretamente, en la velada del 1 de junio del 83, en la parte musical, la señorita Ramírez de Arellano cantó un dueto con don Mariano Siles. En esta velada estaba el «todo Jaén». Y dice el cronista: «Teodomira Ramírez de Arellano ha demostrado una vez más que sabe cantar y sentir».

Termino con la «Revista de salones» del 8 de agosto del 83 que se subtitula «La velada del señor Ramírez de Arellano». De ella copio lo siguiente: «Como preparado el festival por una familia de exquisito trato en la que se encuentran artistas y poetas, el baile no había de ocupar todas las horas, así

(2) Cfr. CRIADO COSTA, Joaquín: *Vida y creación poética de Antonio Fernández Grilo*, Córdoba, 1975, pp. 160-161.

(3) Vid. GIL, Rodolfo: *Córdoba contemporánea*, t. I, Córdoba, 1892, pp. 215-216.

que algunas de éstas se ocuparon en concierto musical y en sesión literaria» (...) En la parte clásica italiana del concierto tomaron parte Teodomira Ramírez, Matilde Salido y Mariano Siles».

La fiesta fue completa porque luego hubo sesión de flamenco y se terminó con lectura de poesías. Antonio Almendros leyó las décimas de la citada «La Cruz del Castillo» de Teodomiro, así como su propia poesía «Sello de Sangre», Montero Garzón improvisó y Almendros Camps leyó su soneto «Al Amor».

Al desaparecer la revista *Jaén*, no podemos saber por cuánto tiempo más permaneció la familia cordobesa en Jaén. Sólo me queda reiterar mi deseo de haber contribuido a esclarecer algún aspecto del intercambio cultural, tan mal conocido, entre Córdoba y Jaén.